

A propósito de *La dominación masculina* de Pierre Bourdieu

María Cristina Maldonado Gómez¹

En 1998, muy pocos años antes de su muerte, se publicó en Francia *La domination masculine* (Editions du Seuil, Paris). Es significativo el hecho de que un autor como Pierre Bourdieu, esencialmente orientado al estudio, aunque no exclusivamente, de los problemas de la educación y la cultura, haya dedicado un texto a la dominación masculina. Seguramente su compromiso con el conocimiento de los rasgos centrales del mundo contemporáneo y con cierta posición de intervención en la esfera política, lo llevaron a analizar el tipo de estructura que eterniza las relaciones asimétricas entre los géneros, de la cual son partícipes tanto los hombres como las mujeres. Y es que es precisamente en la dominación de género donde se puede encontrar el más claro ejemplo de diferenciación y jerarquización arbitraria entre seres humanos y donde se ven más claramente las dificultades de contrarrestar ese proceso. En esta reseña, que tiene por referencia la versión en español², trataré de referirme a los argumentos centrales del texto para, a continuación, señalar brevemente su importancia para los trabajos sobre el género en el medio colombiano.

Para Bourdieu es fundamental preguntarse por los mecanismos y principios históricos responsables de la *deshistorización* y de la *eternalización relativas* de las estructuras de la división sexual. Él argumenta que, al visualizar las estructuras del orden masculino, corremos el riesgo de apreciarlas desde el mismo pensamiento de la dominación masculina, en tanto que somos hombres y mujeres inscritos en esas estructuras. Para lograr una medida adecuada de objetivación, propone explorar las *categorías del entendimiento* con las que construimos el mundo por medio de un socioanálisis del inconsciente androcéntrico.

La ideas que tenemos acerca de las personas y de los objetos del mundo son construcciones bipolares que tienden a naturalizarse. La naturalización de la dominación masculina obedece a una arbitraria división de las cosas y de las actividades (sexuales o no) de acuerdo con la oposición entre masculino y femenino. Esta dicotomía registra las diferencias como si ellas fueran objetivas y naturales. Así, la diferencia biológica entre los sexos, especialmente la distinción anatómica

¹ Trabajadora Social, profesora titular de la Escuela de Trabajo Social y miembro del Centro de Estudios de Género de la Universidad del Valle.

² Pierre Bourdieu, *La dominación masculina*, Editorial Anagrama, Barcelona, 2000.

de los órganos sexuales, aparece como la justificación natural de la diferencia socialmente establecida entre los sexos y de la relación arbitraria de dominación de los hombres sobre las mujeres, que se inscribe de esta manera tanto en aspectos objetivos como subjetivos.

Puesto que los dominados aplican los mismos esquemas de dominación, por ejemplo en la oposición entre características masculinas y femeninas y en su concepción de la división sexual del trabajo: «...*las mujeres pueden apoyarse en los esquemas de percepción dominantes (alto/bajo, duro/blando, recto/curvo, seco/húmedo, etc.), que les conducen a concebir una representación muy negativa de su propio sexo...*». En otras palabras, las oposiciones estructurales se van imponiendo desde el principio masculino, de tal manera que las mujeres asumen desde el inicio su situación de dominadas gracias al *habitus* y a los «*esquemas de percepción, de apreciación y de acción*». Aunque, es importante subrayarlo desde ahora, pueden quedar a menudo espacios para la resistencia y el cambio.

Asistimos así a un proceso de asimilación de la dominación que tiene que ver en primer lugar con la construcción social e histórica de los cuerpos, una construcción que ha estado permanentemente permeada por la visión androcéntrica del mundo a partir de la que se organiza la división por género, de tal manera que estos se conciben y visualizan como esencias sociales jerarquizadas. Las prácticas femeninas, así aparezcan como un ámbito o dominio particular de las mujeres, suponen la existencia de un esquema de dominación masculina basado en la dicotomía masculino/femenino, alto/bajo, bueno/malo, etc. Es a partir de este esquema que se desarrollan las percepciones y las prácticas, naturalizadas, que se reproducen por medio de la división sexual del trabajo. A partir de todo ello se otorga al hombre el poder de dominar a la mujer. Es a partir de esta *violencia simbólica* que se estructuran las relaciones desiguales entre los géneros: un conjunto de hábitos, percepciones y esquemas de relación que producen y reproducen las asimetrías en las relaciones entre hombres y mujeres. Se trata por tanto de una estructura de relaciones de dominación en la que están atrapados por las concepciones del dominador no sólo los subordinados, sino también los mismos dominadores.

La dominación masculina se perpetúa así en todas las relaciones e instituciones sociales, puesto que es producto de una *violencia simbólica* invisible para sus propias víctimas. Las relaciones de dominación no se sustentan en decisiones conscientes, sino que están ocultas tanto para los dominantes como para dominados, y se expresan en percepciones y hábitos duraderos y espontáneos. Los dominados contribuyen, sin saberlo, a su propia dominación al aceptar las concepciones sobre los límites entre categorías sociales. Éstos se expresan en la forma de emociones corporales (vergüenza, humillación, timidez, ansiedad, culpabilidad) y de sentimientos (amor, respeto, confusión verbal, rubor, rabia impotente) que son maneras de someterse, de mejor o peor gana, a la opinión dominante.

Pero reconocer que la dominación está inscrita en los cuerpos de los dominados no significa en ningún momento atribuir a las mujeres la responsabilidad de su propia opresión. Hay, más bien, formas estructurales que limitan las posibilidades de pensamiento y de acción que se imponen a las oprimidas –y por tanto también a quienes luchan por su liberación, como los movimientos feministas–. En consecuencia, la transformación de las relaciones de dominación no es sólo un problema de voluntad y de conciencia, sino que implica la transformación de las estructuras que las producen y reproducen, tanto entre los dominados como entre los dominadores, en lo que debería ser una relación de complicidad y mutua retroalimentación.

Pero, para poder escapar a esos constreñimientos, el punto de partida debe ser el conocimiento de la forma en que ellos funcionan y se implantan. Por ejemplo, es necesario saber que los *habitus* son inseparables de las estructuras que los reproducen. Así, la asimetría fundamental, la del sujeto y la del objeto, del agente y el instrumento, que se establece entre el hombre y la mujer, se produce y reproduce en el intercambio de los bienes simbólicos (ritos, mitos, relaciones de parentesco, matrimonio) y materiales. En ellos se expresa la división de los sexos, la que organiza la percepción del mundo, de la economía, de la reproducción biológica, otorgando poder al lado masculino y naturalizando las relaciones de dominación. Pero la división sexual no sólo está inscrita en las actividades productivas sino también en las actividades de representación atribuidas a los hombres, que se opone frontalmente a la situación de disposición de las mujeres como objetos de intercambio; o, en otra de esas dicotomías claves, en la forma como los hombres se encargan de los intercambios públicos, discontinuos y extraordinarios, mientras que las mujeres se ocupan de los intercambios privados, invisibles, continuos y cotidianos.

Sin embargo, no hay que olvidar que la dominación es resultado de un proceso de largo aliento: la transformación de los cuerpos en los que se inscribe la dominación ha implicado un desarrollo sistemático que ha incluido tanto las amenazas explícitas como la construcción simbólica del cuerpo para producir hábitos diferenciados y diferenciadores, en asimetría radical: la masculinización del cuerpo masculino y la feminización del cuerpo femenino han requerido de un tiempo considerable y aparentemente interminable. Se trata de un trabajo que no se detiene nunca, atento a las más nimias transformaciones: si un varón no posee las cualidades masculinas de dominación se le desprecia, si realiza actividades femeninas se le subvalora y si aumenta la participación de los varones en dichas actividades, se tiende a valorarlas. Al contrario, si la mujer entra a desarrollar actividades masculinas se la desprecia por masculinizarse, así como se devalúan aquellas actividades que, antes masculinas, pasan a ser realizadas de manera generalizada por las mujeres. En este sentido, cabe recordar que, según Bourdieu, el ser femenino es percibido y vivido como un ser para otro: la experiencia femenina es la del cuerpo-para-otro, la del cuerpo que está expuesto a la mirada y al juicio

de los otros, lo que convierte a las mujeres en objetos simbólicos. Por su parte, el varón debe desarrollar un esfuerzo desesperado por estar siempre a la altura de la idea dominante de hombre. Es de esta forma que se entretajan las formas de dominación con las de sumisión. Las mujeres participan indirectamente de los juegos de poder, puesto que lo hacen por intermedio de los hombres. Mientras ellos están compelidos a jugar directamente en las luchas por el dominio y, por tanto, a pelear entre sí, ellas se convierten en soportes y apoyos imprescindibles –pero subordinados– para las distintas facciones en lucha. De nuevo, como cuerpos-para-otros.

Esta visión androcéntrica se mantiene a lo largo de la historia. Aunque se perciben cambios, ellos son sobre todo aparentes. La dominación masculina se recrea históricamente en las estructuras objetivas y subjetivas, lo que no significa naturalizarlas o asumir una posición esencialista, sino que plantea la necesidad de hacer un gran esfuerzo analítico para descubrir las permanencias ocultas dentro los cambios. Esto es lo que Bourdieu reclama: «*reconstruir la historia del trabajo histórico de deshistorización*» teniendo como referente la forma de reproducción del orden de dominación y sus variaciones de una época a otra y de una sociedad a otra. Así, a la perpetuación del dominio masculino concurre el trabajo permanente de instituciones como la Familia –especialmente–, la Iglesia, la Escuela o el Estado: en ellas operan mecanismos encargados de mantener el orden de los sexos.

Frente a ello, un factor de cambio ha sido el cuestionamiento por parte del movimiento feminista del estado de las relaciones entre hombres y mujeres al poner en duda las evidencias de estas relaciones y romper con las visiones naturalizadoras. Pero a esta puesta en cuestión lo acompañan profundas transformaciones de la condición femenina: su mayor acceso a la educación secundaria y superior, al trabajo asalariado, a la esfera pública, y el consecuente distanciamiento de las labores domésticas y de las funciones de reproducción. Pero, señala Bourdieu, estos cambios son reabsorbidos por otras vías, persistiendo la dominación sobre las mujeres en, entre otros, la permanencia de la mujer en el ámbito doméstico y en la valorización de su papel seductor. Si bien ellas trabajan, sus oficios continúan estando relacionados con lo doméstico y con el campo de la seducción, permaneciendo en buena medida excluidas de los puestos de mando y de responsabilidad. Y cuando ellas ocupan este tipo de cargos, o bien éstos se feminizan y en consecuencia se devalúan, o bien ellas tienen que asumir posturas masculinas para obtener reconocimiento.

Es cierto que las estadísticas reflejan un aumento de la participación de las mujeres en muchos campos. Lo que no significa necesariamente una equivalente adquisición de poder: es por eso que se requiere una lectura no simplista de las estadísticas que permita develar la continuidad de la sumisión femenina. Esta permanece, pese a los cambios, por dos razones: por un lado, porque las mujeres comparten su separación de los hombres a causa de un coeficiente simbólico negativo; por otro, porque ellas permanecen profundamente distanciadas entre sí

(aunque compartan mucho y sobre todo la subordinación) por las muchas diferencias económicas y culturales que las afectan.

De esta forma, las mujeres, al quedar excluidas de lo público o de las llamadas 'cosas serias', permanecen encerradas en lo doméstico, actividades elogiadas, pero ordenadas de acuerdo con los intereses de los hombres. Ellas mantienen las relaciones de parentesco, realizan actividades domésticas no remuneradas, de beneficencia, de cosmética y estética, para mostrar su familia al mundo público; pero igualmente lo hacen en la empresa, siempre realizando actividades de presentación y representación. En definitiva, Bourdieu insiste en que, a pesar de los procesos de cambio, la estructura de dominación subyace a las relaciones entre los hombres y las mujeres. La asimilación de discursos y prácticas de dominación es una constante transhistórica, pero no por ello deshistorizada o natural. Esta constante de la dominación masculina está enraizada en los cuerpos y obliga a la «*superación de los dualismos*». Y concluye que la divulgación del análisis de la dominación masculina puede tener dos efectos: o bien reforzar simbólicamente la dominación, puesto que la verificación de la dominación recupera el discurso dominante; o bien neutralizar la dominación al favorecer la reacción de las víctimas. El análisis *relacional* de la dominación lleva a tomar una postura que suscita una movilización política; pero también puede conducir a justificar la dominación o a simplemente descubrir el hecho de que se hace parte de ella. El análisis y la acción política que reconozca la oposición masculino/femenino en la Familia, la Iglesia, el Estado, la Escuela y entre las instituciones podrá contribuir, en el largo plazo, a su eliminación progresiva.

Para ello, habrá que trascender las dicotomías y asimetrías de género en las relaciones en las instituciones, desarrollando posturas que no desprecien lo distinto, sino que le den valor. En ese sentido, los movimientos de mujeres deberán romper su propias posturas autoritarias y competitivas, elementos que hacen parte de la estructura de la dominación masculina, así como con las diferenciaciones por clase, etnia o localización geográfica.

En síntesis, Pierre Bourdieu subraya cómo la dominación del hombre sobre la mujer, un ejemplo privilegiado de dominación, se fundamenta en la forma dicotómica y estructural en que construimos el mundo y desarrollamos conductas, sentimientos, pensamientos y relaciones entre personas y entre instituciones. Esta dominación se inscribe en los cuerpos, se instala en ellos persistentemente, en la forma de división sexual del trabajo y, por tanto, en el desarrollo de *habitus* diferenciados. Ciertamente, se deben tener en cuenta los cambios históricos en la división sexual del trabajo, pero también que los cambios ocurridos más recientemente en la condición de las mujeres y en las relaciones entre los géneros son a menudo poco decisivos: hay fuerzas estructurantes que los reordenan con el objetivo de mantener la dominación masculina.

Es destacable que un hombre y científico social como Bourdieu, que como todos nosotros está atrapado en la estructura de dominación masculina, analice

cómo la visión androcéntrica sigue presente en la sociedad y cómo las mujeres llevan la peor parte en esa estructura. Orientado desde los años sesenta –pero de forma más evidente en los últimos años de su vida– a dotar de elementos de análisis a los grupos más desfavorecidos de la sociedad, quizás una de las virtudes de este texto es que es capaz de plantear un análisis de la forma en que los dominadores – él incluido– se encuentran también constreñidos a actuar como tales.

El aporte de Bourdieu a los estudios de género y al movimiento feminista colombiano es el de la necesidad de un giro hacia el análisis estructural de las relaciones de dominación para ir más allá de las apariencias y del malestar individual, más allá de los grupos de apoyo mutuo, más allá de las posturas contestatarias para plantear políticas y trabajos colectivos entre hombres y mujeres. Porque no basta con ser mujer para poder analizar la sumisión femenina y la dominación masculina; tampoco se requiere ser mujer para participar de los movimientos sociales que buscan romper con la estructura de dominación masculina. Más bien, hombres y mujeres, científicos y científicas, políticos y políticas, juntos, están llamados/as a hacer quiebres radicales con las estructuras dicotómicas y asimétricas que están inscritas, cuasi-naturalizadas, en sus cuerpos. Ello sólo es posible si somos conscientes de que asumir esta posición entraña una enorme dificultad: la de reconocer que estamos atrapados en una estructura de dominación cuya fuerza la hace ahistórica –sin serlo– e impide de esta manera desentrañarla. En ese sentido, aunque el papel del movimiento feminista ha sido significativo, es importante evaluar qué tanto, en su interior, se mantienen formas de dominación ‘masculina’: autoritarismo, patriarcalismo, competencia, exclusión y autodesprecio.

Nos enfrentamos a una tarea tan ardua como es la de analizar las relaciones de dominación en diferentes campos e instituciones; para ello se requiere de un trabajo colectivo y científico que muestre los mecanismos que hacen perpetuar las relaciones de dominación y de sumisión. Por ejemplo: estudiar cómo las mujeres, a pesar de los cambios, siguen ocupando los papeles subordinados y los hombres, aunque cambien y deseen cambiar a favor de las mujeres, están atrapados por las exigencias de tener que mantener su posición de dominio para no perder su identidad; o cómo las mujeres se ven abocadas a continuar asumiendo papeles y trabajos femeninos, por ejemplo las labores domésticas y maternas, para poder asegurar así su reconocimiento social como personas.